

Afectividad y sexualidad. ¿Son educables?

FUNDACIÓ
VÍCTOR
GRÍFOLS
i LUCAS

Afectividad y sexualidad. ¿Son educables?

ISBN 978-84-693-2426-4
Edita: Fundació Víctor Grífols i Lucas. c/ Jesús i Maria, 6 - 08022 Barcelona
fundacio.grifols@grifols.com www.fundaciogrifols.org

Interrogantes 02
de la Fundació
Víctor Grífols i Lucas

SUMARIO

Pág.

Presentación.....	7
1. Introducción.....	9
2. La sexualidad.....	13
3. Establecer límites.....	18
4. Educación y sexualidad.....	20
5. Comunicación y género.....	26
6. Adolescencia y riesgo.....	29
7. La incidencia de los cambios sociales.....	33
8. Conclusiones.....	36
Grupo de trabajo.....	39
Títulos publicados.....	40

PRESENTACIÓN

La nueva ley que regula el aborto, aprobada por el Parlamento español, lleva por título «Ley Orgánica de Salud Sexual y Reproductiva y de la Interrupción Voluntaria del Embarazo». El título indica que es necesario priorizar la formación en salud sexual y reproductiva, puesto que lo ideal sería que la decisión de abortar no se produjera jamás debido a embarazos indeseados, que supone el motivo más frecuente de aborto. La educación sexual en nuestro país ha sido siempre una asignatura pendiente. Era un tema tabú durante el franquismo y, con la democracia, no ha existido la suficiente voluntad para su abordaje y la puesta en práctica de un modelo de educación reproductiva adecuado a la época, a las características y a las necesidades de nuestra sociedad.

Educar sexualmente implica como mínimo dos cosas: *a)* ayudar a las mujeres que deciden interrumpir un embarazo a tomar la decisión con plena conciencia y responsabilidad por lo que hacen, puesto que siempre se trata de una opción difícil y traumática; *b)* formar a niñas y niños para que aprendan a afrontar las relaciones sexuales con conocimiento del sentido y las consecuencias que pueden conllevar, y con capacidad para hacerse responsables. Una de las cuestiones más debatidas por la ley ha sido la propuesta de que las menores pudieran interrumpir el embarazo sin informar de ello a sus padres. Aun cuando el trámite parlamentario de la ley rebajó la propuesta inicial, limitando la no información a los padres a los casos realmente conflictivos, lo cierto es que cada vez estamos más dispuestos a reconocer a los menores de dieciocho años una madurez equivalente a la que se da por supuesta cuando una persona llega a la mayoría de edad. Este punto de vista no es congruente con el abandono de la formación dirigida a que la iniciación en las relaciones sexuales se desarrolle con la máxima responsabilidad y conocimiento.

Tanto o más importante que contar con una legislación que reconozca la autonomía reproductiva de la mujer es poner en marcha medidas efectivas dirigidas a disminuir el número de embarazos no deseados. Es necesario incidir en la prevención, la educación y la corresponsabilidad de mujeres y hombres y transformar las condiciones que llevan a embarazos imprevistos. El Consejo de Europa, en un informe fechado en 2008, al tiempo que reco-

mendaba a los países miembros una regulación que respetara la autonomía de las mujeres para decidir, añadía que la regulación debería ir acompañada de campañas más efectivas para la prevención de los embarazos. Dicho de otro modo, la interrupción voluntaria del embarazo nunca debería ser vista como uno más entre los métodos anticonceptivos.

La educación empieza por la información, pero va más allá de esa información. No basta con aumentar la difusión de preservativos y enseñar su uso, ni tampoco incidir más en las campañas de control de la natalidad. La formación de la persona para que aprenda a actuar con criterio y con responsabilidad va más allá de la mera información. Es por ello que se debe insistir en la necesidad de políticas y programas que promuevan una auténtica educación sexual.

No es una tarea fácil de llevar a término. Todavía menos en unos tiempos en los que toda la información que los menores reciben a través de los medios audiovisuales va en contra de la educación sexual que es preciso emprender. Pero la dificultad del problema no es razón suficiente para omitirlo y dejarlo de lado. La experiencia de algunos países que se han tomado en serio la educación sexual, como Holanda, demuestra que se ha logrado disminuir el número de abortos en vez de aumentar, como ocurre en la mayoría de países que han regulado la interrupción voluntaria del embarazo. La nueva ley da mayor autonomía a la mujer para decidir interrumpir un embarazo. Sin embargo, mayor autonomía debería implicar siempre mayor responsabilidad.

Para ayudar a afrontar la cuestión, la Fundació Víctor Grífols i Lucas organizó una discusión con un grupo de expertos en educación, especialmente sensibilizados en la formación de la sexualidad. El debate contó con una ponencia inicial de Rosa Ros, que lleva años dedicándose a la materia y que se encargó también de coordinar la sesión. El resultado del diálogo es lo que viene resumido en este cuaderno, cuya intención es proporcionar a los más directamente responsables de la educación un conjunto de ideas, de opiniones y también de dudas acerca de una cuestión de tanta trascendencia como la que tenemos entre manos.

Victòria Camps
Presidenta

1. Introducción

Es cierto que poder hacer un planteamiento libre de una materia siempre tan controvertida como es la educación afectivosexual es un paso adelante en el camino de la enseñanza; pero por otra parte sus obstáculos, premisas y conclusiones nos hacen ver que se ha avanzado sobre todo en la teoría y no tanto en la práctica.

En la actualidad se acepta que los conocimientos aprendidos mediante un proceso educativo continuo para la salud en la infancia y la primera adolescencia pueden contribuir a reforzar la personalidad y la autoestima, a lograr la identidad y a facilitar la adopción de actitudes positivas hacia la afectividad, las relaciones con los demás, la sexualidad, etc.

El adolescente actual sigue siendo tan vulnerable como lo eran sus padres ante las nuevas situaciones y emociones que le plantea el crecimiento y el camino hacia la madurez. Más información, más libertad en prensa, radio y televisión, más consumo de imágenes, más libertad de acción y más comprensión social no han logrado solucionar lo que carece de solución genérica, que es formar y ayudar a crecer a un ser sexual y afectivo, libre y con criterios que permitan la creación única, original e intransferible de cada uno de ellos como seres humanos.

El adolescente está sometido a un bombardeo salvaje de información, de modelos, de estímulos, de consumo, pero precisa y no encuentra los espacios donde repensar y contrastar todo lo que ha aprendido y debe interiorizar para poder compartir.

Las cuestiones que forman parte de las relaciones más íntimas entre las personas, como es el disfrute de la sexualidad, con frecuencia están sometidas a la doble moral y a un entendimiento por parte de la sociedad fraccionado y poco homogéneo. Nos conmociona el embarazo y el aborto en el grupo de adolescentes, sus comportamientos rozando el riesgo, el consumo de diferentes drogas en edades cada vez más tempranas, las nuevas adicciones a las pantallas (Internet, móvil...), su forma de expresar lo que sienten, etc., pero nos cuesta, tanto desde las instituciones políticas y sociales como

desde los profesionales, dar una mirada amplia y llevar a cabo una reflexión multidisciplinaria para encontrar una respuesta más adecuada a sus necesidades.

Es incongruente que, ante la actual situación social, se hable tanto de la importancia de la educación afectivosexual, desde una mirada global, y no se aborden las dificultades dentro del marco familiar ni se establezca de forma transversal en la raíz de la enseñanza reglada.

Existen estudios que ponen en evidencia que la educación integral en sexualidad y afectividad puede propiciar el respeto hacia el otro, retrasar de modo efectivo el inicio de la actividad sexual, reducir su frecuencia y la de las relaciones sexuales coitales no protegidas, disminuir el número de parejas sexuales y aumentar el uso de anticonceptivos seguros.

Hablar con naturalidad de la sexualidad desde una mirada objetiva y positiva nos llevará a tratar cuestiones muy relacionadas con ella, como las drogas y la infección por el VIH/sida, de un modo distendido y educativo.

Breve historia de la educación afectiva y sexual en nuestro país

Si hacemos un poco de historia, ya en una publicación del mes de noviembre del año 1976, el número 10 de la revista *Perspectiva Escolar*, de la Fundación Rosa Sensat, se presentó un monográfico sobre «Educación sexual». En su presentación se comentaba que el documento solo pretendía «sacudir» el panorama, vencer prejuicios, tabúes o concepciones sin fundamento y hacer perder a los educadores el miedo a afrontar la sexualidad y el placer de los niños y niñas (¡y el suyo propio!) e impulsarlos a iniciar un trabajo serio y documentado, al objeto de que fueran capaces de ayudarles a encontrar el placer de vivir y de comunicarse.

En 1981, en Cataluña se desarrolló el primer proyecto en España de un «Programa de educación sanitaria en la escuela». Esa propuesta surgió de un conjunto de profesionales del mundo de la salud y la enseñanza, que pusieron de manifiesto la necesidad de llevar a cabo un trabajo coordinado entre sani-

tarios y docentes y concluyeron que era necesario un trabajo educativo y preventivo desde los primeros años de vida.

En 1990, la nueva ley de educación, la LOGSE, incorporó los «ejes transversales». La educación sexual y afectiva fue uno de los temas transversales que planteaba la reforma educativa.

Se acepta ya desde hace tiempo que el trastorno en cuanto a la afectividad y la sexualidad que se sufre en la etapa adolescente puede repercutir en todo el proceso formativo en general. En este contexto, entender la sexualidad como parte esencial del proceso de desarrollo y de equilibrio emocional justifica por sí mismo la necesidad de introducir dicha materia en los diseños curriculares.

Cobra cada vez mayor sentido que la educación sexual y afectiva se contemple como tarea de gran importancia que es preciso abordar desde la propia institución escolar, atendiendo al importante papel vertebrador que desempeña en el desarrollo de la personalidad y social de los adolescentes.

Hace unos años se publicaron varias propuestas educativas para la educación secundaria en forma de crédito variable. Así, en algunos centros se empezó a trabajar la educación afectiva y sexual con el alumnado de tercer o cuarto curso de ESO durante un trimestre, con tres sesiones semanales en grupos más reducidos.

Últimamente, la parte variable del currículo como principal vía de introducción de esta temática en la enseñanza reglada se ha reducido mínimamente, al tiempo que se ha pedido a la escuela que se haga cargo de nuevos y cada vez más diversos retos sociales.

Hoy en día, con la nueva ley de educación, la LOE (2006), que incorpora la supresión de los créditos variables, se ha perdido el espacio donde esas materias «transversales» podían ser abordadas sistemáticamente. Se ha vuelto a un modelo fraccionado y reduccionista, el de los «talleres» que se realizan puntualmente durante la hora de tutoría, generalmente con la colaboración de especialistas externos al centro. Estos talleres tratan sobre todo de los riesgos o el uso correcto del preservativo, dejando a un lado las dudas, los miedos y

la emotividad que generan las nuevas fantasías y las primeras relaciones compartidas, que tanto tienen que ver con las actitudes y los comportamientos en esa época del crecimiento.

Para hablar de educación sexual, en primer lugar deberíamos hacer una reflexión sobre el sentido que cobra la sexualidad.

2. La sexualidad

Para empezar a conocer con qué concepto estamos trabajando resulta necesario definir primero el sentido de la sexualidad. Hay dos elementos básicos para delimitar mínimamente el concepto: por un lado, que somos seres sexuales desde el nacimiento, y por el otro, que la sexualidad es totalmente subjetiva. Conjugando ambos parámetros lograríamos nuestro propósito, pero la dificultad es elevada, tanto como definir el amor o aquellos conceptos en los que la materia prima potencial pertenece intrínsecamente al ser humano y la subjetividad acaba por materializarla. ¿Dónde ponemos los límites?

Según el Dr. Pere Folch Mateu, prestigioso psiquiatra psicoanalista, la sexualidad entendida en su dimensión más amplia, de amor, afectividad, corporeidad, descubrimiento, búsqueda de placer... es la que nos lleva a establecer la relación con el otro para comunicarnos. Nos acompaña durante toda la vida, la sentimos, la vivimos, pero a menudo no resulta fácil hablar de ella.

Aun cuando es muy difícil concretar su sentido, el concepto sobre sexualidad que la Organización Mundial de la Salud (OMS) hizo público en el año 1975 aún con precisión algunos de los elementos esenciales que ayudan a constituirlo: «La sexualidad es una energía que nos motiva a buscar afecto, contacto, placer, ternura e intimidad. La sexualidad tiene que ver con el cuerpo, pero influye en nuestros pensamientos, sentimientos, emociones, acciones e interacciones y, por tanto, tiene influencia en la salud física y mental». Nos habla de una energía vital que, en función de los rasgos personales y las diferentes fantasías, experiencias y mensajes, irá construyéndose de forma individual.

Ante esa caracterización de la sexualidad, un gran número de prácticas sexuales de los adolescentes nos llevan a pensar en la necesidad de muchos de ellos y ellas de buscar cariño, una identidad propia o ser reconocidos cuando carecen de los referentes del entorno más próximo o bien sufren privaciones o situaciones sociales desfavorecidas.

La globalidad y la riqueza de la sexualidad necesitan de un buen conocimiento de uno mismo, y ello exige que su desarrollo sea a la vez cognitivo, reflexivo e integrador.

En la actualidad, en los diferentes foros internacionales se usa la expresión «salud sexual y reproductiva» para aglutinar todo lo que forma parte de las relaciones afectivas, sexuales y reproductivas.

Enmarcada en un proceso continuo desde el nacimiento

Como seres sexuados desde que nacemos, sabemos que la sexualidad se establece desde el momento de nacer y seguramente desde mucho antes, desde el propio deseo de concepción de los futuros padres. Esto que viene marcado por naturaleza tiene que instalarse y asimilarse en nuestra vida de manera natural, no como un añadido a partir de cierta edad.

Se sabe que el «vínculo» que se establece con el bebé, con los primeros cuidados y atenciones, cómo se da el alimento, la ternura en las caricias, las palabras y su tono, está llenando este cuerpo de afecto y de sensaciones y, por lo tanto, de energía sexual. Hoy se conoce que la memoria neuronal es sensible al afecto y, por ello, como seres sexuales que somos se considera un elemento clave en la relación con el otro.

Desde la concepción fisiológica y a partir de la condición de seres sexuales, se crea un género u otro, masculino o femenino. Sin embargo, las características personales, el impacto individual de las diferentes experiencias y la subjetividad de cada cual acabarán de modelar las diferencias y la forma de comportarse, según el género. Los roles familiares y sociales —en un primer estadio— empiezan a trabajar para hacer de la vida de este bebé un mundo lleno de experiencias afectivas que marcarán su bagaje en la vida.

Desde esta visión, se debe entender que la sexualidad y su expresión es un *continuum* desde que nacemos; se trata de un proceso que acompaña al crecimiento y que se irá llenando de contenido y expresando en función de las relaciones más cercanas, los conocimientos que se van adquiriendo, el afecto recibido, las emociones y sensaciones despertadas y las distintas experiencias, entre otras. Asimismo, es muy cierto que en la época de la adolescencia, con la maduración de los caracteres sexuales secundarios, todas las vivencias interiorizadas a lo largo del crecimiento surgen con fuerza y se expresa y se

materializa el «deseo» de compartir la sexualidad y escoger con quien compartirla.

Como ya se ha comentado, existe un recorrido, un bagaje sobre la cuestión de la sexualidad desde sus inicios que acompaña al adolescente. Así pues, su comportamiento, su forma de ser, sus actitudes, muchas de las situaciones que después vivirá y se reflejarán en la expresión de la sexualidad, estarán íntimamente relacionados con las vivencias anteriores. Por todo ello, en la época de crecimiento más importante, la etapa adolescente, la afectividad y la sexualidad se deberán considerar y atender en su sentido más amplio, tanto corporal como emocionalmente.

A pesar de que la época de la adolescencia es el momento en que la conciencia de nuestro sexo y de la energía sexual es más clara, pasional, agobiante, etc., tras esta etapa seguimos sintiendo nuestro cuerpo y necesitando los placeres del contacto y el afecto que nos proporcionan, aunque hablemos de niveles diferentes.

Al mismo tiempo, es incuestionable que los humanos también somos seres culturales. Por lo tanto, en el crecimiento global de la persona y también en la evolución de la sexualidad y su expresión a lo largo de la vida, el medio social más cercano y los valores y las creencias (familia, escuela, religión, cultura del país de origen, políticas, marco jurídico, etc.) que lo rodean tendrán un considerable peso e influencia. Así pues, chicos y chicas durante su etapa de formación y maduración incorporan valores y actitudes que ayudan a modelar su forma de entender, vivir y compartir la sexualidad.

En concreto, son muchos los factores, internos y externos, que ejercerán su acción en el desarrollo y la realización de un ser sexuado y cultural: el afecto, el aprendizaje, la experiencia, las relaciones con los demás, el grado de autoestima, el amor, la relación con los iguales, el respeto, la intimidad, la empatía, el conocimiento y aceptación del propio cuerpo, la capacidad de sentido crítico, el grado de competencia en la resolución de los problemas, la sensibilidad personal y la tolerancia a la frustración y un largo etcétera, en función de la familia, el país y la cultura que nos ha rodeado.

La importancia del contacto y el cuidado

La importancia del primer *vínculo afectivo* con nuestro cuerpo sexuado nos lleva a reconocer que la actitud y el cuidado de los padres/madres o primeros cuidadores adultos con los niños contribuirán a construir su personalidad y, por ende, su identidad sexual.

Los primeros estímulos de afecto también lo son de placer físico, al tiempo que inciden en la formación psíquica. Por ejemplo, no es lo mismo la experiencia de un niño que tiene una madre que lo mimaba, que le da el pecho, que lo baña, que le da un masaje, una persona que estimula su parte sexual desde el afecto y el equilibrio, que la experiencia que vive un bebé olvidado o que está descuidado por otros motivos o problemas personales o familiares. Así se va creando la «mochila del niño», que se irá llenando con las propias experiencias en este campo y que serán la base a partir de la que se generarán actitudes y comportamientos en el adulto en que se va a convertir.

Desde esta premisa, entendemos que la verdadera educación afectivosexual empieza en la niñez, donde es necesario transmitir y replantear de forma continuada la importancia del contacto con el prójimo con gestos, palabras, caricias, miradas, sonrisas..., así como con la comunidad de convivencia.

Pero cuando llega la adolescencia se producen cambios estructurales, tanto fisiológicos como psicológicos y sociales. Es una etapa caracterizada por la maduración de los caracteres sexuales secundarios, con cambios en la imagen corporal y sensaciones y sentimientos que se presentan como un desafío y que en muchas ocasiones no se sabe cómo conducir ni afrontar. Los cambios fisiológicos no se producen al mismo ritmo que los cambios psicoafectivos y algunas sensaciones corporales, junto a las fantasías sexuales, llevan a los adolescentes a ponerse a prueba muy pronto y a enfrentarse con riesgos todavía no reconocidos.

En estos momentos tan esenciales, el adolescente puede rechazar los cuidados de la infancia, pero necesita más que nunca la mirada y la escucha de los adultos de referencia, que lo acompañen, que estén alerta y que contrasten muchas de las vivencias que irá juntando. Es la época de experimentar, probar, comprobar, sentir e interiorizar sensaciones y emociones nuevas, aunque

les sean difíciles de gestionar. Si encuentran apoyo y una buena escucha en los momentos difíciles y a menudo de sufrimiento, estarán bien posicionados para rehacer el camino y cambiar actitudes y comportamientos.

Se ha ido evidenciando que la sexualidad tiene mucho que ver con el tema del cuidado desde el principio de la existencia. Cómo han sido cuidados, qué transmisión han recibido estos jóvenes dentro de la familia del significado de *cuidar* al otro y cuidarse a uno mismo, cómo se han sentido amparados en distintos momentos... Todo ello se va a traducir en un mayor o menor equilibrio emocional y se va a reflejar en su forma de comportarse y en la relación con los demás.

A menudo, los psicólogos y otros profesionales expertos atienden a jóvenes que han estado verdaderamente desamparados, que no han aprendido a cuidarse, porque han recibido una atención muy deficiente. En este tipo de situaciones, el camino hacia la identidad es complejo y las relaciones son fácilmente insatisfactorias, existe una gran vulnerabilidad y las conductas suelen ser más arriesgadas y se repiten. Se desconecta la parte emocional de la parte sexual y ambas se disocian. La situación puede complicarse todavía más cuando los adolescentes han sido «abandonados» en origen y, por reagrupamiento familiar, llegan a nuestro país con otro bagaje cultural y experimental. Deben hacer otro luto, dejando su grupo de referencia, e intentar integrarse en el mundo escolar y encontrar una comunidad u otro grupo de iguales que les permita construir o reafirmar la identidad.

3. Establecer límites

Los *expertos en educación* dicen que educar siempre es enseñar cosas, no se puede educar sin enseñar nada. En efecto, enseñar cosas significa «mojarse» o tomar partido. Uno no puede transmitir un conocimiento o una información sin contenidos o como una imposición.

Ahora bien, la tarea de la educación también consiste en poner límites, que ayudan a conseguir la verdadera individualidad y libertad. Nos podemos equivocar o no, pero el niño y también el adolescente están esperando del educador (familia, enseñante, profesional de la salud...) que les diga hasta dónde se puede llegar, qué se puede hacer y qué no se puede hacer, por qué es necesario comportarse de una forma u otra, etc. Entre el educador y el educando no existe igualdad, sino una asimetría que es bueno mantener, porque, en caso contrario, el educador no ejerce de educador, sino que se convierte en un compañero más, y educar pierde todo su sentido. Esto también es válido en el ámbito de la sexualidad y de la afectividad. El respeto hacia los demás y a las diferencias se aprende sobre todo en casa, pero también en el aula.

En la sexualidad y su expresión, los límites esenciales se encuentran dentro de los derechos humanos y los principios de la ética. En la sexualidad compartida todo está permitido siempre y cuando se garantice el respeto a la libertad del otro y no exista imposición. Establecer una idea de sexualidad genérica es tan sumamente complicado que supone anular, con toda seguridad, la expresión sexual de alguien. En sexualidad, al igual que en los demás aspectos de la vida, no todo es posible. Humanizarnos, justamente, es aceptar algunos límites. En este contexto cada sociedad pone unos límites y unos valores, y es necesario socializar a los niños y hacerlos progresivamente partícipes de los límites y los valores de la sociedad en la que viven.

Ahora bien, para reafirmar la personalidad y poner a prueba qué se siente, en esta etapa de cambios tan importantes es importante comprobar las capacidades, «transgredir» los límites impuestos y a menudo probar hasta dónde se puede llegar. En el proceso de aprendizaje e interiorización de todo lo que se adquiere, entra de lleno la experimentación y el derecho a equivocarse.

Muchas de las conductas para experimentar, para dar razón a las emociones y los sentimientos y para sentir cosas nuevas, a menudo se enmarcan más allá de los límites de la seguridad y el confort. En este contexto es donde el educador tiene que estar atento para contrastar y trabajar el sentido más genérico de la importancia de los límites, tanto para la convivencia como para encontrar un lugar en el mundo.

Es necesario aceptar que somos una individualidad, un «yo» único, pero que vivimos en comunidad con unos límites, unas reglas y unos principios que es preciso conocer y respetar para crecer dentro de ella. Por todo ello es necesaria la formación en valores y en especial la afectiva y sexual y, sobre todo, ante un mundo que ha hecho de la sexualidad y su práctica algo más que un principio natural de relación.

Cómo hacer llegar estos particulares y al mismo tiempo esenciales mensajes a la sociedad, a las familias, a los responsables de los centros educativos y, sobre todo, a los propios interesados (niños, adolescentes y jóvenes), en su formación como personas, es una cuestión que no está resuelta del todo.

4. Educación y sexualidad

Joan Brossa decía muy inteligentemente: «Las cosas importantes se aprenden, pero no se pueden enseñar». Sin embargo, también es cierto que el aprendizaje forma parte intrínseca de la educación y la formación desde el nacimiento, pero ¿cómo se debe enseñar la sexualidad, de qué modo?

Por lo tanto, la educación afectivosexual es un proceso que debe empezar en los primeros años de existencia y continuar a lo largo de toda la vida. En este proceso están implicados tanto la familia como la escuela y, en algunos momentos, otros adultos expertos o de referencia.

El rol de la familia

La familia es lo más importante, porque actúa como modelo de conducta, en especial en lo referente a las relaciones interpersonales, las relaciones afectivas y en una determinada forma de entender y ejercer los roles asociados a cada sexo.

Pero quizás la época de la adolescencia no es el mejor momento para que los padres empiecen a hablar de sexualidad con sus hijos. Existen una serie de aspectos previos que se deben empezar a trabajar desde la infancia: valores, respeto, cariño, demostración de afecto...

De hecho, cuando empieza a aparecer el tema de la sexualidad en casa, sobre todo la relacionada con el cuerpo y el placer, muchos padres piensan que ya se hablará de ello cuando el niño o niña tenga la edad adecuada. Pero, ¿cuál es este momento? ¿Debemos esperar a que los hijos lleguen a la adolescencia y empiecen a compartir su sexualidad o hayan vivido las primeras experiencias con mayores o menores situaciones de riesgo?

A menudo los padres, ante las diferentes expresiones de la sexualidad de los hijos e hijas durante el crecimiento, se sienten confundidos (jugar a médicos para investigar sus genitales, descubrimiento del cuerpo y de las sensaciones de placer cuando se tocan los genitales, manifestaciones de curiosidad al descubrir el cuerpo de sus padres, reacciones de placer al mimarlos o lavar-

los...). Surge la duda acerca de lo que está bien y lo que no, y hasta dónde se puede considerar normal lo que se observa.

Al mismo tiempo, las preguntas de los niños y niñas referentes a la sexualidad, en muchas ocasiones causan sorpresa o pudor. Da la sensación de que no se está preparado para responderlas. A veces, a sabiendas de lo que se quiere responder, no se sabe muy bien cómo decirlo. Siempre existirá la desazón y la duda y las diferentes opiniones de cómo educar sexualmente a los niños, puesto que en gran parte depende de cómo hemos vivido y sentido nosotros, los adultos, la propia sexualidad.

Alguien puede pensar que responder la verdad o dar información sobre la sexualidad puede despertar en los hijos más curiosidad o bien incitarlos a una sexualidad precoz (vivencias de la sexualidad adelantadas). Existen estudios que lo desmienten. El «saber» otorga tranquilidad y ayuda a reconocer la propia realidad sexual y sus límites.

La ignorancia y la negación nos hacen vulnerables; en cambio, el conocimiento y la proximidad a la realidad permiten la reflexión y aportan elementos de valoración para poder prever los riesgos y tomar medidas para evitarlos. Es necesario preparar a las personas para poder enfrentarse a los riesgos con conocimiento y criterio.

De todos modos, la gran mayoría de padres y madres son perfectamente conscientes de la necesidad de una educación sexual que sea clara, positiva y apropiada a cada edad y momento de la evolución. Eso quiere decir tratar siempre el tema con la máxima naturalidad y normalidad posibles.

Para un crecimiento saludable es necesario que intentemos abordar las cuestiones en torno a la expresión de la sexualidad en las diferentes etapas evolutivas. También debemos tratar con naturalidad las distintas formas de expresar la sexualidad, entre ellas las relaciones sexuales coitales y la manera de protegerse de un posible embarazo no deseado o de una infección de transmisión sexual como el sida, dándoles a conocer los medios de prevención (como el preservativo masculino y femenino u otros anticonceptivos). Está en juego su salud.

Cuando la información llega desde casa con normalidad se convierte con mayor rapidez en conocimiento, ayuda a tomar decisiones éticas y sienta las bases de una futura capacidad crítica y de gestión del riesgo.

Si consideramos a la familia como uno de los principales agentes educativos con respecto a la afectividad y la sexualidad, sería preciso tener en cuenta que en ocasiones requiere ayuda, pues, aunque el padre o la madre son imprescindibles en este proceso, a menudo lo que les ocurre es que no saben cómo hacerlo. Tampoco saben adónde acudir para pedir asesoramiento y ayuda cuando son conscientes de que lo necesitan para poder afrontar estos u otros temas con sus hijos.

El rol de la escuela

A lo largo de la educación infantil y primaria, también la escuela desempeña un papel fundamentalmente educativo, y en este sentido se pueden trabajar las actitudes, la afectividad, los roles no discriminadores y las informaciones básicas sobre sexualidad.

En la educación secundaria, coincidiendo con un determinado momento del desarrollo psicosexual, la educación afectivosexual se convierte en una necesidad inexcusable. Para el propio adolescente es el momento más importante para contar con una serie de informaciones y una orientación que la familia no siempre es capaz de facilitar.

Si el afecto establece el vínculo esencial para convertirse en personas, nos proporciona los estímulos por el contacto con el otro y al mismo tiempo nos permite el equilibrio emocional, sería positivo que desde la escuela la educación sexual profundizara en mayor grado en la parte afectiva y las diferentes formas de relacionarse y comportarse, y no se entendiera solo como un compendio de datos e información sobre la anatomía y la fisiología reproductiva, los diferentes anticonceptivos, el embarazo y las infecciones de transmisión sexual.

La educación sexual tiene un componente ético innegable y una de las tareas de los educadores consiste precisamente en ayudar a los jóvenes a la creación de un código ético propio para que ejerzan sus derechos, respeten los dere-

chos de los demás y desarrollen actitudes y conductas más responsables y saludables en relación con la propia sexualidad.

Cuando se educa a los jóvenes como personas globales, sin separar la educación sexual de la educación de la personalidad, se produce una repercusión positiva en su educación sexual.

Existe un primer manifiesto de una «escuela de verano» sobre la educación sexual donde ya se hablaba de la necesidad de que los educadores introdujéramos el tema de la sexualidad en la enseñanza desde el punto de vista de crecimiento personal. Se trata de situar la sexualidad y la afectividad dentro de un contexto de crecimiento y maduración personal. Por lo tanto, sería necesario emplazar la educación afectivosexual dentro del entorno conceptual de la educación por la salud en un sentido amplio y positivo, aquel que tiene en cuenta los sentimientos y ayuda a crecer y a madurar, a reconocer los diferentes riesgos y a aprender a gestionarlos.

El trabajo en grupo, mixto o por sexos, participativo en forma de taller sobre aspectos concretos de la sexualidad y su práctica y teniendo en cuenta las diferentes etapas, puede ser positivo, pero siempre y cuando esté contextualizado en un ámbito de salud y crecimiento más global.

Por otro lado, es lógica y necesaria la educación y es lógica y necesaria la formación, pero hay que reconocer que existen cosas que son difíciles de enseñar tal y como los adultos piensan que es correcto; no todo se puede enseñar. Por mucho que se haya recibido una buena y correcta transmisión sobre el sentido y la importancia de la sexualidad, tanto por parte de la familia como de la escuela, o se viva en un entorno social positivo y enriquecedor de amistades y relaciones con «buenas influencias», la parte más íntima de la sexualidad, así como la emotividad y los sentimientos que esta genera cuando se comparte, también tendrá que ver con las características personales, el imaginario de cada uno y las vivencias y los sentimientos interiorizados individualmente. Por lo tanto, siempre existirá una elección y una manera propia y exclusiva de sentir y vivir la sexualidad.

Son muchos los elementos que participan en la expresión de la sexualidad: el grado de necesidad de afecto, la capacidad de independencia y no dependen-

cia, qué lugar se da al otro, las expectativas de la relación, qué se desea, qué se necesita del otro, qué se le pide, etc. Hasta qué punto este estado emocional y novel puede permitir ocuparse de la propia gestión y responsabilidad.

En muchos casos, la demanda de un adolescente en la consulta tras una situación de riesgo vivida tiene que ver con todo este galimatías de sensaciones difíciles de expresar verbalmente. Estos hechos también se deben contemplar en la educación afectiva y sexual.

El derecho a la educación en sexualidad descansa en una definición expresada por expertos en derechos sexuales que manifiesta: «El derecho de todas las personas, libres de coerción, discriminación o violencia: al mayor grado de salud sexual posible (incluido el acceso a los servicios de atención en salud sexual y reproductiva); a buscar, recibir e impartir información relacionada con la sexualidad; a la educación sobre sexualidad; al respeto por la integridad corporal; a la elección de la pareja; a la decisión de ser o no sexualmente activo; a las relaciones sexuales consensuadas; a la decisión de tener o no hijos y de cuándo tenerlos, y a disfrutar de una vida sexual satisfactoria, segura y placentera».

La información y la educación, incluyendo la educación sexual, es una necesidad y un derecho, incorporado como tal en diferentes acuerdos y convenciones internacionales (la Convención sobre los Derechos de los Niños, el Pacto Internacional sobre los Derechos Económicos, Sociales y Culturales y el Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y Desarrollo).

Estereotipos en la afectividad y la sexualidad

Cuando se imparte educación sexual, sin darse cuenta se puede caer en los estereotipos sobre la sexualidad y el amor. Puede ser poco educativo y a veces peligroso dar como ciertas ideas preconcebidas que ya funcionan socialmente, es decir, que ya las sentimos incorporadas de manera inconsciente.

Se ha trabajado mucho desde el feminismo, desde la conciencia de una sociedad muy machista y patriarcal y la consideración de muchos aspectos negati-

vos y de poco valor de la feminidad y, por lo tanto, es lógico promover la mejora de la consideración social, personal y sexual de las chicas. Ahora bien, es necesario intentar no pasarse a la actitud contraria como educadores/as y reconocer igualmente las dificultades y las angustias que pueden tener también los chicos. Ellos también son víctimas de una educación sexista que no les beneficia. Se debe dar mucha importancia a la escucha y a una mirada amplia (comunicación no verbal) de unos y otros, y sobre todo es importante invitar a los chicos y chicas a hablar, y «escuchar más, invitar a expresarse y hablar menos».

La educación sexual necesita ser humanizada y menos estereotipada. El hombre, que lllore si es preciso, y la mujer, que tome la iniciativa.

5. Comunicación y género

La educación afectiva y sexual, como elemento fundamental en el proceso de cambios y crecimiento, debería mejorar las capacidades de comunicación y de interrelación con las demás personas, incluyendo el respeto a la diferencia en su sentido más amplio.

Las diferencias entre chicos y chicas en el proceso de construcción psicológica y social de la masculinidad y la feminidad se observan ya en el modo de comportarse y relacionarse durante la infancia, pero en la adolescencia se manifiestan con mayor claridad a partir de las fantasías, las expectativas y las emociones respecto a la sexualidad y, en especial, en la vivencia de las primeras relaciones sexuales compartidas.

Estas expectativas, emociones y sentimientos en relación con la afectividad y las relaciones sexuales de los chicos y chicas no son nada homogéneas y el camino hacia la identidad psicosexual de unos y otros es muy diverso. Es preciso encontrar los espacios de comunicación e intercambio para trabajar las diferencias entre chicas y chicos y el respeto mutuo.

La educación afectiva y sexual en la adolescencia debe incluir la dimensión de las relaciones personales y posibilitar que los adolescentes hablen, se comuniquen y compartan entre ellos, chicos y chicas, las dudas, los miedos, qué piensan y sienten en relación con la sexualidad, y aprendan a perder la vergüenza en la expresión verbal, a entender al otro y a respetarse. También sería bueno que este espacio común les ayudara a comprender y, por lo tanto, a rectificar algunas de las transmisiones familiares y sociales negativas.

En el trabajo educativo en grupo, en ocasiones es interesante y positivo que las dudas, las preguntas y las reflexiones sobre la sexualidad se puedan plantear en grupos pequeños y separados por sexos. Ellas y ellos se expresan con mucha más libertad y tranquilidad. Posteriormente será importante que compartan, también en grupo, lo que han discutido o consensuado por separado.

El aula mixta es muy interesante. Ellos y ellas deben convivir y deben mantener estas relaciones. Si no están de acuerdo con los prototipos con los que trabajan mentalmente, se lo pueden decir entre ellos y aprender juntos.

Cuando desde la escuela se trabaja la igualdad desde las diferencias en todo el proceso formativo, la reflexión y el debate sobre la afectividad y la sexualidad son más fáciles y pueden llevarse a cabo con grupos mixtos desde el principio.

La educación debe ser mixta y coeducadora, y a menudo no lo es. Se tiende a confundir una escuela coeducadora con la que es solamente mixta, cuando la escuela coeducadora es aquella que se propone trabajar sobre la discriminación entre hombres y mujeres con el objetivo de ir corrigiendo la desigualdad y la iniquidad entre unos y otros. Los principios de igualdad se deben trabajar desde las diferencias personales y sociales de los chicos y las chicas, potenciando la comunicación, el entendimiento y el respeto entre ambos sexos.

Propiciar la comunicación

Los educadores deberíamos propiciar más debates sobre el sexo y el amor entre los jóvenes para que escuchen distintos planteamientos entre ellos y los valoren, sobre el enamoramiento y los ideales que se esperan en las relaciones y cómo estos ideales son imposibles de alcanzar.

Durante mucho tiempo se impartían créditos de educación afectivosexual y uno se daba cuenta de que los chicos y chicas, cuando se trabajaban esos temas con ellos y se les conducía hacia la cuestión de la educación afectivosexual, acababan hablando muy poco de sexualidad y mucho de «cómo somos», cómo nos relacionamos, cómo nos sentimos y estamos en diferentes momentos. Quizás sea lo más interesante: llegar a hablar de cómo me relaciono conmigo mismo, con los demás, los miedos, las carencias y el significado de la afectividad. Si se logra esa comunicación, observas que permite avanzar mucho en todo el trabajo con los alumnos, no solo en el tema afectivosexual, sino en el aumento de la autoestima y del bienestar individual, así como del grupo. A partir de ahí, se interesan más por lo que se enseña y tienen una mejor predisposición para aprender matemáticas u otras asignaturas, porque están mejor y las relaciones con los enseñantes y entre ellos mejoran y son más positivas.

Desde la enseñanza, una vez impartidos los contenidos informativos, es necesario ayudar a los alumnos a que se comuniquen, a que piensen por adelantado acerca de situaciones con las que se pueden encontrar en sus relaciones personales con los iguales y de pareja, en los planteamientos y las implicaciones individuales diversas, en función de los sexos y de la forma de ser de cada persona.

6. Adolescencia y riesgo

Los expertos reconocen que existen comportamientos de riesgo o con riesgo implícito en las características de la personalidad adolescente. Con frecuencia, superar el peligro es un reto, es transgredir, ponerse a prueba para medir los propios límites e ir ganando autonomía. Pasar este punto de peligro, entre comillas, también forma parte de la adolescencia. Es decir, este es el peligro, pero es también el placer, de conseguir moverse, hacer o pensar diferente a como lo hacen los adultos.

Si transgredir forma parte de la etapa adolescente, también forman parte de ella los límites; luego los adultos (familia, escuela, comunidad...), como ya se ha comentado, deben poner límites para que los adolescentes puedan transgredir. Las nuevas experiencias y las prácticas de riesgo, entre comillas, deben hacer sufrir a los padres, ya que es algo generacional. Lo que ocurre es que existe un perfil de joven que se instala y tiene relaciones problemáticas con riesgo de forma continua. Son aquellos jóvenes que los profesionales observan que tienen relaciones conflictivas con casi todo. Son jóvenes con problemas, que suelen presentar conflictos con la práctica sexual, con las drogas, con la violencia, etc. Por lo tanto, se debe tratar de captar a tiempo esta diferencia para poder ayudarles.

Es importante que la sexualidad de los jóvenes en general no se entienda solo como una cuestión de ponerse en peligro, de riesgo o de saltarse las barreras. Con la educación afectiva y sexual se debe transmitir la parte de experiencia positiva, de placer, de gozo, de compartir, de disfrutar, de pasárselo bien y de respeto hacia el otro. Estos elementos positivos ligados a la sexualidad y a las relaciones compartidas deben tenerse muy en cuenta y son los que permiten hablar también de los riesgos de una forma más sencilla y llana.

Debemos construir una senda educativa que nos permita y permita a los jóvenes poder hablar de afectividad, respeto, fantasías, deseos, miedos, dudas, alegrías y satisfacciones, desde la vertiente positiva, para ayudarles a construirse un buen grado de autoestima y seguridad en ellos mismos.

Por lo tanto, es necesario intentar encontrar el modo de ayudar a los jóvenes —sea en clase de matemáticas, física, literatura u otras— a incrementar sus capacidades de pensar, analizar y prever las consecuencias posibles de sus actos. Se trata de ayudarles a disponer de criterios éticos y humanos y a saber dónde están, qué quieren, qué riesgos asumen, hasta dónde los asumen, qué problemas pueden tener al asumirlos y qué consecuencias pueden derivarse. Y finalmente, que cada cual elija su opción.

Jóvenes especialmente vulnerables

Cuando la referencia de los adultos es débil o no están atentos para acompañar y entender la complejidad del proceso de crecimiento, los adolescentes y los jóvenes lo tienen más difícil y sus conductas pueden ser un «paso al acto», y aunque estas suelen tener un significado de rebeldía, a menudo pueden llegar a sobrepasar los límites de tal forma que se pone en peligro su salud.

Por lo tanto, si en este viaje de crecimiento el apoyo familiar o social se tambalea, los jóvenes, con el motor de vida en marcha y en función de sus características de personalidad, pueden ser grandes actuadores y comportarse de forma poco contenida con hábitos muy poco saludables, pueden ser muy inhibidos y pasar a depender de grupos más marginales, o bien ser seducidos por la fuerza de la violencia y llegar a sufrir trastornos emocionales o mentales, entre otros.

De hecho, en las conductas reactivas relacionadas con el malestar hacia el entorno más próximo, no hay ninguna conciencia del riesgo. Se trata de llamar la atención y buscar algún elemento identitario, en concreto que se les tenga en cuenta a cualquier precio.

Como ya se ha comentado, los chicos y chicas que viven y se relacionan en un entorno familiar y social poco favorable, tienen más posibilidades de caer en conductas de mayor riesgo. Ahora bien, a veces existen situaciones que acompañan al adolescente (divorcio de los padres, pérdidas de familiares o amigos, maltrato, abuso, etc.) que lo pueden conducir de manera puntual o con mayor regularidad a relacionarse con grupos de iguales problemáticos y enfrentarse

a comportamientos contradictorios y poco saludables, que a menudo hacen sufrir pero que no pueden ni saben cómo evadir.

En este contexto, la educación puede mejorar el estado de ánimo negativo y la necesidad de actuar como forma de presentación individual y de llamar la atención. Si se puede superar esta etapa de relación continua con riesgos de todo tipo, es de suponer que será posible ejercer el control de uno mismo. En cambio, mientras no se le suponga aún dicho control, será necesaria una educación especial y a veces individualizada. En este caso, también existe una tarea educativa que es preciso desempeñar desde la escuela.

Son jóvenes con un perfil de mucha vulnerabilidad, son más vulnerables que otros muchos porque tienen carencias importantes. Suelen presentar una serie de aspectos que ya desde pequeños observamos en su historia y que les convierte en muy frágiles y vulnerables por las carencias afectivas, emocionales, de habilidades, y que les afecta en su relación con ellos mismos y con los demás.

¿No es positivo cierto miedo? Aristóteles afirmaba que el miedo era una pasión que, bien controlada, en el momento adecuado, puede ser buena y útil. Para el enseñante, educar es enseñar a controlar las emociones y las angustias en este sentido. Es decir, enseñar a enfadarte cuando te tienes que enfadar y a tener miedo cuando debes tener miedo. Se trata de vehicular las emociones con los límites adecuados.

Pensamos que esto no se puede ver como absolutamente negativo. No se trata de evadir los problemas y decir: «No, es que esto produce miedo». Se trata de hacer entender que las dudas y el miedo son una condición humana y que se precisa conocimiento, criterio y adquisición de habilidades para enfrentarse a ellos.

En muchos momentos, en relación con la práctica sexual y la transgresión, se ha comprobado como el recurso del miedo suele generar mayor deseo, ganas e impotencia. Es importante hacerles conectar con la realidad, ayudarles a pensar y a decidir si se sienten preparados para mantener o no relaciones sexuales o si, por el contrario, todavía necesitan más tiempo para llegar a sentirse preparados o preparadas.

El ejercicio de la sexualidad es un placer, pero todo placer mal llevado puede hacer sufrir, puede llegar a constituir un trastorno que a menudo se manifiesta en la clínica. Es decir, cualquier placer puede convertirse en un trastorno o una adicción. Estamos ante un tema muy complejo que posiblemente esté relacionado con la educación y la cultura, pero también con las propias dificultades emocionales o trastornos de la personalidad.

Se ha hablado del culto a la imagen, y muchas veces, cuando trabajas de forma más continuada con los adolescentes, te das cuenta de que al fin y al cabo es una coraza. Y cuando se quitan la coraza te encuentras con una persona con muchas carencias y necesidades, junto a una gran soledad, y lo que han presentado viene a ser el vestido de «batalla».

También se ha hablado de adolescentes muy débiles, muy vulnerables y con muchas carencias. Pero la realidad es que gran parte de centros educativos (escuela, instituto...) difícilmente cuentan con espacios donde se pueda escuchar a los adolescentes y se les facilite el apoyo adecuado.

A la vez, desde la familia tampoco se les puede escuchar y con frecuencia llegan a las consultas de distintos servicios o profesionales expertos con las conductas conflictivas o los trastornos muy instaurados y difíciles de trabajar.

Es necesario esforzarse para prever las necesidades y las carencias de estos adolescentes durante su infancia, antes de que el conflicto y el riesgo sean su único modo de relacionarse con la vida, con los iguales y con la sociedad.

En este sentido, la educación afectivosexual, tal y como se ha defendido en este intercambio entre expertos, es decir, entendida desde un punto de vista global de salud física y psíquica y de formación para el equilibrio emocional, puede constituir un buen elemento de ayuda para estos chicos y chicas más vulnerables.

7. La incidencia de los cambios sociales

La sociedad hoy en día «globalizada» y las nuevas tecnologías de comunicación son una fuente de información casi inalcanzable y, al mismo tiempo, para llamar la atención de los jóvenes y aumentar el «consumo», se propagan mensajes y propuestas que facilitan con demasiada frecuencia adelantarse a buena parte de los acontecimientos de esta etapa. Tal y como se ha venido tratando a lo largo de esta presentación, sabemos que todos los cambios necesitan de un proceso para su integración, y más en un periodo de crecimiento tan importante como la adolescencia, cuando esos cambios suelen ser vividos con cierto miedo y sufrimiento, donde debe existir un espacio para el luto por las pérdidas infantiles y la euforia por las nuevas conquistas.

También la relación y la convivencia con jóvenes de otras culturas han desvelado antiguas y nuevas formas de superar retos. A menudo, los adolescentes más vulnerables y con mayor riesgo social, sobre todo las chicas, se sienten seducidos y pueden sufrir las consecuencias.

Existe una verdadera contradicción entre lo que los expertos observan y reconocen como conflictos importantes para la salud de los jóvenes y la gran permisividad que predomina en la sociedad en muchos de los mensajes, imágenes, ofertas de ocio e invitaciones al consumo que estos jóvenes reciben con asiduidad. Sin ir más lejos, la propia droga se mueve en una dinámica de mercado (facilidad para su adquisición, grandes beneficios, impunidad, etc.) y la sexualidad, incluida la publicidad, se banaliza y se presenta a menudo como compulsiva, desatada de la intimidad e incluso agresiva. Estamos ante hechos que ocupan periódicos y ponencias pero que son difíciles de abordar desde las políticas educativas y sociales.

Con respecto a Internet, es lo que es y lo que no se puede hacer es ponerse en contra. Cuando los padres se preocupan por las horas que pasan sus hijos delante del ordenador y por los peligros que puede entrañar la navegación por Internet, quizás no les falte razón, pero no es factible ni sería bueno hacer desaparecer la informática e ir en contra del progreso. Es importante que se les ayude a saber hacer un buen uso de ella, igual como se debe hacer con los niños cuando están demasiadas horas con los dibujos animados de

la televisión. En la educación global, es ya imprescindible ayudar a los adolescentes a entender qué es Internet, qué informaciones convienen y son útiles y cuáles no.

Seguramente, la mayor parte de la información sexual que reciben los niños y los adolescentes de hoy procede de la televisión, de las revistas y del entorno audiovisual: cine, Internet, videojuegos, etc. Dicha información está muy poco ordenada y una de las funciones de la educación es precisamente poner orden a la información, contrastarla y explicar por qué todo lo que se ve y se lee no es igualmente correcto.

Otra realidad es que a día de hoy nos encontramos con adolescentes que carecen de espacio propio para probar y relacionarse con su pareja, su intimidad y su protagonismo, debido a que sus padres y madres también están probando nuevas parejas, y se ven compitiendo con sus padres que van a ligar y que están como ellos, en el inicio de nuevas relaciones. ¿Cuántas veces los profesionales nos hemos encontrado con un embarazo que se presenta como un «síntoma» ante la situación de conflicto que se está viviendo o como una queja inconsciente para llamar la atención?

Sin embargo, también es verdad que la escuela a menudo debe sustituir lo que a veces la familia no está en condiciones de aportar. La escuela ofrece igualdad de oportunidades. Si el adolescente tiene unos padres que no se quieren, que solo dan mal ejemplo, que compiten con él, que le abandonan, la escuela es la que puede compensar, de algún modo, esa percepción, puesto que la familia no está en condiciones de hacerlo.

En cuanto a la atención en los servicios de salud, se viene observando un cambio espectacular y rápido de la población, así como de sus comportamientos. Una parte de esa nueva sociedad adulta tiene otros valores o valores diferentes, que seguramente también repercuten, y no siempre en positivo, en la vivencia afectiva y sexual de las personas. Dentro de estos cambios se observa que la práctica o uso de la sexualidad se considera con demasiada frecuencia un objeto de consumo, en el que prevalecen la genitalidad y el placer instantáneo y narcisista, cuando la sexualidad, tal y como lo entendemos, no debería estar sujeta al mercantilismo. Y ya hemos podido constatar

como esa frivolidad en las prácticas sexuales, como un «todo es posible», en muchas ocasiones deriva en trastornos de identidad y personalidad que precisan ayuda.

Por otro lado, todavía hoy la formación del profesorado contiene muchos vacíos que sería necesario llenar. Si hay que educar en valores, ¿quién enseña a los futuros maestros a hacerlo y dónde se forman para educar moralmente? En la facultad, en la formación del profesorado no se suelen abordar los aspectos fundamentales para una coeducación, señalando la parte objetiva y subjetiva de las diferencias esenciales entre las chicas y los chicos y explicando cómo trabajar el respeto y el entendimiento entre estas diferencias. Por ello, la transversalidad en cuanto a la educación afectivosexual resulta harto difícil.

8. Conclusiones

Un poco más de atrevimiento desde las diferentes instituciones para hablar claro de estas cuestiones a las familias y a la sociedad en general iniciaría un debate sensibilizador y de reflexión que permitiría abrir resquicios. Las diferentes instituciones sociales, sobre todo familia y escuela, deben reencontrarse.

En cuanto a los aspectos de las relaciones interpersonales, la comunicación, las actitudes, los comportamientos y la sexualidad, varias experiencias han demostrado que la discusión y la reflexión entre un grupo de personas (adolescentes, padres y madres, profesionales, grupos de usuarios o pacientes...), realizadas en común, proporcionan conocimientos e identificaciones que ayudan a pensar en las propias dificultades, miedos, creencias, actitudes, conductas, informaciones erróneas, etc.

En relación con la educación afectivosexual y el trabajo en grupo, mediante algunas proposiciones básicas coherentes como, por ejemplo, la información clara y coherente, el mensaje directo, el respeto a las aportaciones del otro y la puesta en valor del diálogo y la comunicación como instrumento de intervención, es posible actuar con adolescentes y jóvenes y promover algo consustancial a su condición como es el espíritu crítico y respetuoso ante el mundo que les rodea.

En el ámbito educativo, está lo suficiente reconocida la importancia del aprendizaje en el trabajo en grupo en el que todo el mundo puede participar. Con respecto al mundo de los adolescentes y los jóvenes, si queremos remover miedos, dudas, contradicciones, informaciones incorrectas, conductas que hacen sufrir, así como educar habilidades para reconocer el riesgo y saber cómo afrontarlo, es necesario considerar la importancia de la educación afectiva y sexual desde la coeducación, profundizando en las diferencias de género y el respeto mutuo.

El conjunto de esos elementos puede ser abordado desde la escuela de forma transversal, aprovechando distintos temas curriculares o en las tutorías, empleando herramientas atractivas que fomenten la participación de todos como dramatizaciones, juegos de rol, casos hipotéticos, viñetas de cómics,

tarjetas con las preguntas más frecuentes, fotografías, vídeos, fragmentos de películas, etc. Esta modalidad de educación para la salud, adecuando las herramientas y los contenidos a trabajar en función de la etapa, sirve igualmente para los grupos clase de primaria y secundaria, así como para los grupos con necesidades especiales.

Las actuaciones puntuales de prevención y promoción de la salud en la propia escuela, los lugares de ocio donde se encuentran los jóvenes, con el objetivo de que reflexionen acerca de sus actitudes y las consecuencias de las conductas con riesgo, también pueden ser interesantes. Se trata de acercar a diferentes actores o agentes de salud a su territorio, para que los jóvenes los puedan considerar como personas referentes para pedir apoyo cuando lo precisen.

La información basada en el conocimiento científico y la educación sexual son derechos reconocidos por la Carta de los Derechos en Salud Sexual y Reproductiva de la Federación Internacional de Planificación Familiar (IPPF) y por la Organización Mundial de la Salud (OMS). En nuestro medio todavía no se dispone de un programa coherente y transversal de educación sexual que sea: universal, evolutivo, sensible a las cuestiones de género, libre de prejuicios y estereotipos, objetivo, crítico y plural, basado en un enfoque positivo de la sexualidad, la afectividad, el amor y las relaciones personales.

Grupo de trabajo

- Quim Cabra, pedagogo y profesor de secundaria
- Victòria Camps, presidenta de la Fundació Víctor Grífols i Lucas
- Enriqueta Díaz, profesora del IES Arnau Cadell, de Sant Cugat del Vallès
- Sílvia Egea, psicóloga clínica
- Isabel Ferré, médico del Centro de Atención a la Salud Sexual y Reproductiva (CASSIR) de Badalona
- Carme García, profesora del IES Menéndez Pidal
- Sílvia López, psicóloga del Servicio de Atención a la Salud Sexual y Reproductiva (SASSIR) del Institut Català de la Salut (ICS)
- Maria Rosa Ribas, enfermera y escritora
- Rosa Ros, coordinadora del grupo de trabajo y directora del Centro Joven de Anticoncepción y Sexualidad (CJAS) de la Asociación de Planificación Familiar de Catalunya y Baleares
- Pilar Serón, psicóloga clínica

Títulos publicados

Cuadernos de Bioética

23. *La ética y la investigación clínica*
22. *Consentimiento por representación* (en edición)
21. *La ética en los servicios de atención a las personas con discapacidad intelectual severa*
20. *Retos éticos de la e-salud*
19. *La persona como sujeto de la medicina*
18. *Listas de espera: ¿lo podemos hacer mejor?*
17. *El bien individual y el bien común en bioética*
16. *Autonomía y dependencia en la vejez*
15. *Consentimiento informado y diversidad cultural*
14. *Aproximación al problema de la competencia del enfermo*
13. *La información sanitaria y la participación activa de los usuarios*
12. *La gestión del cuidado en enfermería*
11. *Los fines de la medicina*
10. *Corresponsabilidad empresarial en el desarrollo sostenible*
9. *Ética y sedación al final de la vida*
8. *Uso racional de los medicamentos. Aspectos éticos*
7. *La gestión de los errores médicos*
6. *Ética de la comunicación médica*
5. *Problemas prácticos del consentimiento informado*
4. *Medicina predictiva y discriminación*

3. *Industria farmacéutica y progreso médico*
2. *Estándares éticos y científicos en la investigación*
1. *Libertad y salud*

Informes de la Fundación

4. *Las prestaciones privadas en las organizaciones sanitarias públicas*
3. *Clonación terapéutica: perspectivas científicas, legales y éticas*
2. *Un marco de referencia ético entre empresa y centro de investigación*
1. *Percepción social de la biotecnología*

Interrogantes éticos

2. *Afectividad y sexualidad. ¿Son educables?*
1. *¿Qué hacer con los agresores sexuales reincidentes?*

Para más información: www.fundaciogrifols.com

FUNDACIÓ
VÍCTOR
GRÍFOLS
i LUCAS